

Federico Volpini

LA NOCHE ^{DE} LOS LOBOS

 NOCTURNA
EDICIONES

Madrid, 2011

© de la obra: Federico Volpini, 2011

© del diseño: Juan Antonio Fernández de Castro
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.es
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: octubre de 2011

Primeras correcciones: Juana Salabert
Segundas correcciones: Eva Méndez Herranz

Composición: FMG

Impreso en España / *Printed in Spain*
Ino Reproducciones, S.A.

ISBN: 978-84-939200-1-2
Depósito Legal:

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

A Isabel



1

El combate en la playa



l sonido venía de los apretados haces de juncos del pantano. Era un ruido uniforme, sordo, como el zumbido de un enjambre de abejas, pero más ominoso, más profundo.

Los piratas habían dejado su barca un poco más abajo, en una cala oculta a las miradas. Protegidos por la propia pendiente, la habían remontado y saqueado las granjas y alquerías cercanas a la costa, de las que huyeran sus habitantes en cuanto se avistó la vela en el mar. Cuando los vikingos entraron en las casas sólo quedaban siervos, encargados de proteger las heredades o, tal vez, dejados como víctimas para aplacar el furor normando.

Fieles a su costumbre, los piratas se deshicieron de los ancianos y encadenaron a hombres, mujeres y niños. Se abstuvieron de quemar las casas para no dar aviso a los habitantes de tierra adentro.

Cargados con su modesto botín (algunas cabras, grano, barriles de cerveza, baratijas y un puñado de esclavos, unos treinta en total), los vikingos regresaron a la playa. Entonces escucharon el rumor,



envolvente, creciendo. El rumor que venía de los juncos. El ruido, primero agudo y luego ronco, como una queja al principio, e hinchiéndose después, grave y amenazador.

Los vikingos apresuraron el paso. Empujando a sus prisioneros con la punta de las picas, los obligaron a correr, en paralelo al marjal, hacia la costa. Pero el ruido aumentaba, se les metía por los oídos, los cercaba. Parecía venir de todas partes, de los mansos regatos que cruzaban la playa cubiertos por la densa maraña de hierbajos hasta desembocar en el océano, de los diseminados bosquecillos de arbustos que acababan de dejar, de las dunas, delante, por los lados.

De repente, se hizo el silencio.

A una orden de su jefe, los vikingos se reagruparon, alzando sus escudos y empuñando las hachas de combate. Esperaron, atentos, reteniendo el aliento. Pero no ocurrió nada. Una bandada de aves zancudas levantó el vuelo en un punto lejano de la tupida masa vegetal. Se oyó el salvaje grito de una rapaz, de caza, invisible en el cielo. Y, ahora de nuevo perceptible, el chapoteo del mar contra la arena.

Cuando ya los oídos y los ojos empezaban a dolerles, los piratas vikingos reanudaron la marcha, en vanguardia el grueso de la partida, unos cuarenta hombres, con los cautivos detrás, y una delgada línea a retaguardia protegiendo el flanco.

El ataque se produjo a la vista de la suave elevación que ocultaba la nave varada. Lo precedió un silbido, al punto contestado por otros dos, y una especie de risa.

Un enjambre de flechas partió de la espesura, dando en tierra con las primeras víctimas.

Recobrado el valor ante un peligro cierto, los vikingos adoptaron rápidamente una táctica simple para repeler la agresión y, al mismo tiempo, poner a buen recaudo el fruto de sus rapiñas. Mientras unos pocos corrían hacia la barca, llevándose consigo a los prisioneros y acarreado el resto del botín, los demás se abalanzaron, vociferantes, contra la maraña de juncos de la que había partido la agresión.

Ninguno consiguió su objetivo.

Sus cuerpos quedaron en la arena como tristes peles en posturas absurdas, pero aferrando todavía la espada, el hacha, el puñal que iba a abrirles las puertas del Walhalla.

Los que huían con el botín forzaron la carrera. Por un momento pareció que aquellos sí iban a lograrlo. La barca estaba cerca. Se vislumbraba su proa, algo avanzada respecto del corte vertical del terreno en el que se escondía. Apenas a unos metros. De nuevo, las mortíferas flechas partieron de los juncos, ahora dirigidas contra la triste rueda de cautivos.

Alcanzaron a dos.


Estos cayeron, deteniendo con su peso a los otros, a los que les unían las cadenas. Los vikingos trataron de arrancarlos a golpes, tronchando, cercenando a ras de los grilletes.

Era tarde.

De los juncos brotaba y venía hacia ellos una nube de hombres y mujeres embarrados, flacos, los ojos turbios, la piel amarillenta por las fiebres, la mirada brutal, como adormilada, cubiertos los cabellos y las barbas de ramitas y musgos, medio desnudos todos; en una mano, el arco, la aljaba de flechas cruzada sobre el pecho; y en la otra, la jabalina corta y el cuchillo. En un instante los tuvieron encima.


Los atraparon pirata a pirata. Sin una sola voz, feroces, sin un ruido. Luego, lejos de soltar a los prisioneros, los hicieron correr y girar por la playa, tirando de sus cadenas. Otra vez se oyó el rumor oscilante, agudo y, después, sordo. Cuando se cansaron de su juego, empezaron a disputar entre ellos por la propiedad de los cautivos. Hombres y mujeres mordían, pateaban, se revolcaban por el suelo. Los cabecillas, que se habían mantenido hasta ese momento aparte, intervinieron entonces. Tirando de sus cabellos, metiéndoles los dedos en los ojos, en las orejas, en las comisuras de la boca, consiguieron separar a los contendientes, que se arremolinaron, enfadados, en pequeñas bandas.

Tras romper las cadenas, golpeándolas con una piedra sobre otra piedra plana, los jefes procedieron al reparto. En medio de protestas y rebotes de conatos de lucha, cada uno de los pocos agraciados se llevó a su prisionero, sujetándolo por el cabo de cadena que aún les quedaba al cuello, de regreso al pantano. Pronto la playa empezó a vaciarse. Un grupo se dirigió a la embarcación, sacándola de su refugio y arrastrándola más adentro de la arena. Uno de los más ági-




les, encendiendo un pedazo de yesca en el humeante recipiente de barro que portaba otro, saltó a bordo de la barca, de proa en forma de dragón. Iba a prenderle fuego a la vela plegada junto al mástil, desmontado también, entre los remos, cuando un bulto que rebullía por debajo de ella le llamó la atención. Se inclinó, con curiosidad, y hurgó en la lona con el extremo de su jabalina. Los demás, que no podían verle, se impacientaban ya. Se oyó una risa. Arrojando la yesca a los cordajes, el hombre se encaramó a la borda y, tras echar por encima de ella el bulto, envuelto en ricas vestiduras, saltó a tierra.

Los otros, no menos curiosos que el primero, lo rodearon de inmediato, agolpándose para ver mejor. El de la barca empujó el bulto con el pie, haciéndolo rodar sobre la arena.



Ante ellos, poniéndose con dificultad de rodillas en tierra, la túnica, aunque sucia, de seda púrpura con adornos de oro, un muchacho de no más de once años de edad los miraba asustado.



Sus captores examinaron cuidadosamente la ropa, haciendo correr la tela entre los dedos. El calor despedido por la embarcación en llamas enrojecía sus rostros, bañados por el sudor. Al cabo, el mismo que lo había encontrado, desnudando su daga, obligó al chico a echar la cabeza hacia atrás.

El hombre que llevaba la marmita de barro con el fuego se interpuso. El otro intentó apartarlo, pero el de la marmita, con la misma risa seca que se había escuchado poco antes del ataque, se le coló por debajo de las piernas, derribándolo de un golpe entre los hombros y

echándole unas brasas por el cuello. Eso zanjó la cuestión. El hombre de la barca salió aullando y, lentamente, todos volvieron al pantano; si bien antes el hombre de la marmita, con el niño cogido por el pescuezo, se entretuvo en mirar muy cuidadosamente en torno a él y luego hacia las rocas, como si algo pudiera habersele escapado.

Erguido en los estribos de su caballo, en lo alto de un farallón sobre la playa, el Duque de Marcusia reprimió un gesto de ira. Esperó hasta que los asilvestrados guerreros del pantano hubieron desaparecido y entonces hizo girar su montura, conduciéndola por el sendero entre zarzas y matojos. En el primer recodo lo esperaban sus soldados. Entre ellos, un gigantón de ojos azules, pestañas transparentes y largo pelo rubio, peinado en cuatro trenzas. Vestido a la manera vikinga, calzón de cuero, cota de malla, casco puntiagudo y liso, de forma que sobre él resbalaran las espadas, y una capa corta de piel de nutria, el hombre alzó los ojos inexpresivos, indiferentes: él también había oído la refriega en la playa y sabía muy bien lo que significaba. El Duque le devolvió la mirada.

—Dije: «Directamente a donde esté la flota» —musitó.

El gigantón se encogió de hombros y respondió con su extraño acento:

—Son vikingos.

—No. Ahora no son nada.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios del vikingo. El Duque le sostuvo la mirada todavía unos instantes. Luego se arrebujó en su manto y se volvió a los soldados.

—Libradme de él. Ya no lo necesito.

El Duque de Marcusia picó espuelas. No tardaron en seguirle los suyos, con el paso ligero, largo, cadencioso de la tropa acostumbrada a largas marchas soportando el peso de las armas.

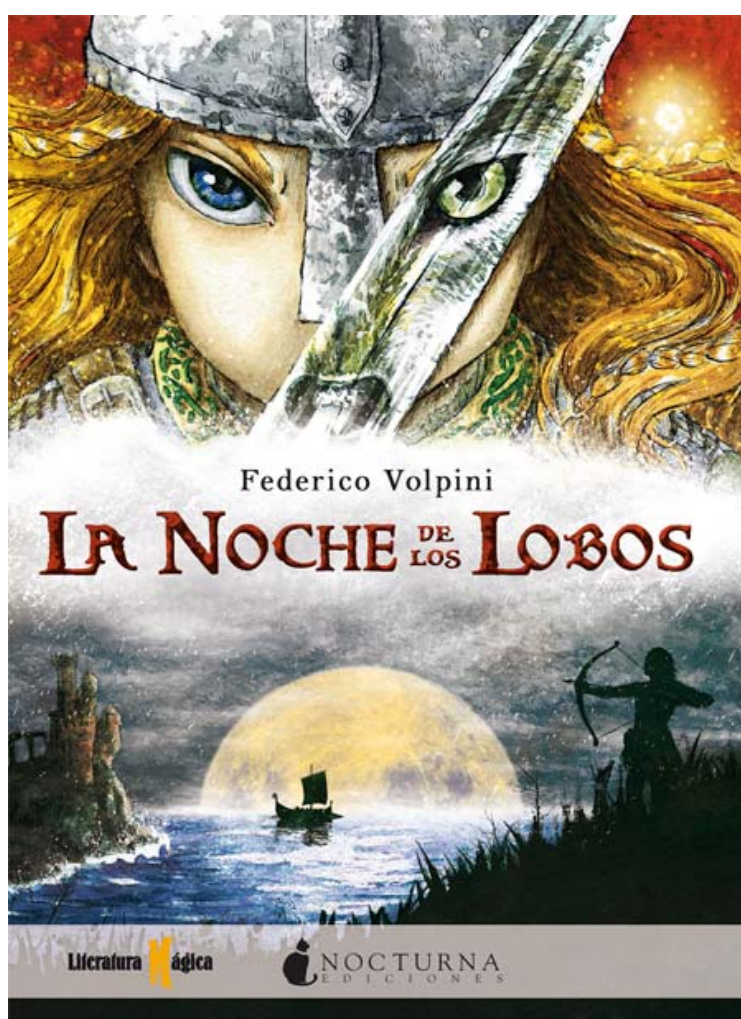
Sobre la arena quedó sólo la barca, un esqueleto de madera, ardiendo.

SIGUE LEYENDO

A la venta: 10/2011

LA NOCHE DE LOS LOBOS

Federico Volpini



ISBN: 978-84-939200-1-2. **PVP:** 15 €

 **NOCTURNA**
E D I C I O N E S

Distribución: UDL Libros (www.udllibros.com)
Ámbito nacional (España)